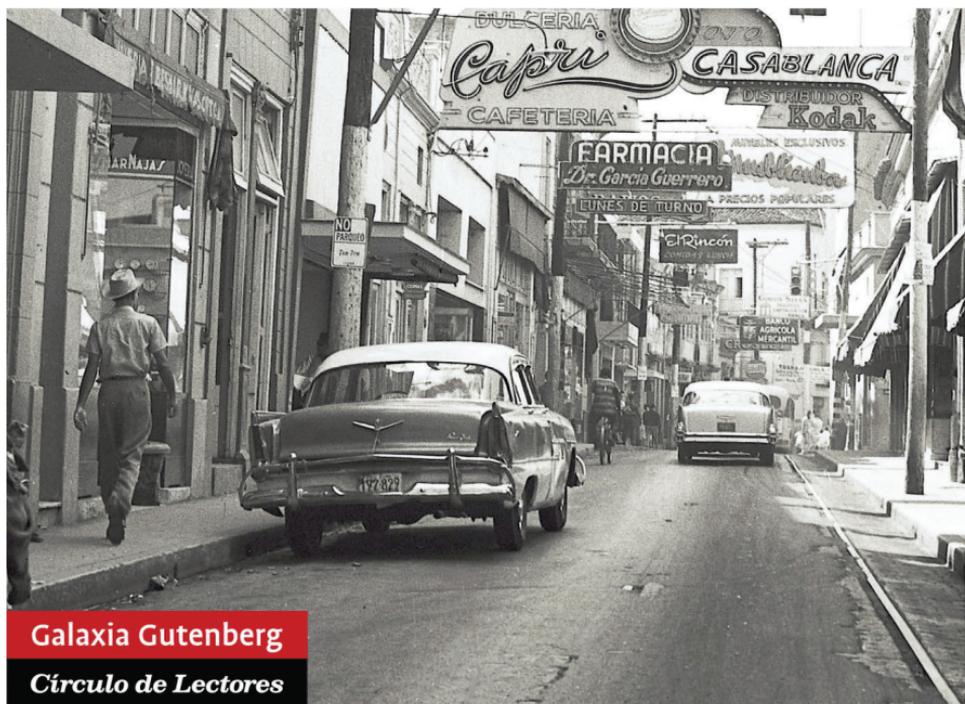




# Guillermo Cabrera Infante

## Mapa dibujado por un espía



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Mapa dibujado  
por un espía

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

## Nota a esta edición

Entre los numerosos papeles encontrados por Miriam Gómez después del fallecimiento de Guillermo Cabrera Infante, además de los muchos que habían sido publicados en diarios y revistas, apareció una cantidad relevante de textos inéditos. Había varios libros acabados, dos de los cuales, *La ninfa inconstante* y *Cuerpos divinos*, ya vieron la luz en esta misma editorial. Sin embargo, el libro que el lector tiene en las manos posee una particularidad que lo diferencia de aquellos. De hecho, *Mapa dibujado por un espía* podría no haber existido nunca: su autor lo escribió y lo depositó en un sobre que no se volvería a abrir hasta muchos años después de su muerte. En más de una entrevista de las que concedió a lo largo de su vida, Cabrera confesó seguir trabajando intermitentemente en él, del mismo modo que lo hacía con *Cuerpos divinos*, aunque sin duda con menor constancia que en este último.

El lector tiene la última palabra para valorar la oportunidad de su publicación, pero los editores hemos considerado que, más allá de lo esencialmente literario, el libro constituye un testimonio de primera magnitud a la hora de conocer en qué medida la convulsión política cubana afectó a Guillermo Cabrera Infante, y como, por extensión, influyó en sus posteriores opiniones sobre la realidad de Cuba.

Es difícil fechar el momento preciso de la escritura de *Mapa dibujado por un espía*. Si nos atenemos a su biógrafo

Raymond L. Souza en *Guillermo Cabrera Infante. Two island: many worlds* (1996), según testimonio del propio Cabrera, fue escrito en 1973, tras el colapso mental que había padecido el año anterior: «Escrito en 1973, cuando volvió a trabajar después de una grave depresión, el libro le ayudó a reconstruir y a exorcizar recuerdos del pasado». Es, sin duda, una hipótesis razonable si, como Souza revela, la fecha fue mencionada por el propio autor, pero algunos datos que se desprenden del texto podrían arrojar alguna sombra sobre tal afirmación. Los hechos que se narran en *Mapa...* ocurren en 1965. Desde entonces hasta lo que puede considerarse su ruptura pública con el régimen, ocasionada a raíz de la entrevista que concediera en julio de 1968 a Tomás Eloy Martínez para el semanario argentino *Primera Plana*, y que fue, a su vez, consecuencia de la explosión del llamado «caso Padilla», la vida de los Cabrera Infante transcurrió dentro de una aparente normalidad. Tras su paso por la embajada cubana en Bélgica, vivieron una temporada en Madrid —ciudad en la que a él se le denegó el permiso de residencia a causa de ciertos reportajes antifranquistas publicados en *Lunes*— y en el *swinging London*, donde se establecerían definitivamente, a pesar de las dificultades económicas que los acompañaron.

Si realmente situamos este exorcismo de la memoria en el año 1973, parece poco verosímil el trato que reciben algunas personas que aparecen en el texto, las mismas que, a partir del caso Padilla, pasaron a convertirse en enemigos acérrimos de Cabrera Infante, que tacharon de «gusano» o de «contrarrevolucionario» al autor. Gentes que, en definitiva, optaron por apoyar al régimen que Cabrera criticaba. Entre los más notorios, Lisandro Otero, Edmundo Desnoes, Harold Gramatges o Roberto Fernández Retamar, cuya presencia en el libro no denota la fuerte enemistad política que trascendió en lo personal y que acabó separándoles. Nuestra

modesta hipótesis es pues que el libro probablemente fue escrito, casi de un tirón, con anterioridad al año 1968.

A menudo Cabrera se refería al manuscrito como «Ítaca vuelta a visitar», una clara reminiscencia del viaje de Ulises. Pero en algún lugar ya habló de *Mapa dibujado por un espía*. Según sabemos por Miriam Gómez, su viuda, su cómplice y su compañera inseparable, este último título le fue sugerido por un mapa de La Habana que vio en el despacho de Alejo Carpentier, quien le aseguró que había sido hecho por un espía inglés en el siglo XVIII.

Probablemente los dos títulos se alternaron en su pensamiento a lo largo de los años. En todo caso, lo que parece a todas luces evidente es que Cabrera Infante redactó una primera versión que podríamos llamar instrumental, y luego, sucesivamente, fue redactando fragmentos y más fragmentos con el propósito de otorgarle una nueva dimensión literaria. Algunas de estas páginas van encabezadas por el rótulo «Mapa» y otras por el de «Ítaca». La mayoría son reelaboraciones de episodios aparecidos en el texto que hoy presentamos, además de escenas de nuevo cuño que el autor quizá pretendía incluir repartidas a lo largo del libro.

No hay duda de que el texto que ahora se publica jamás habría visto la luz exactamente así, que el libro finalmente perpetrado por Cabrera Infante hubiera sido otro, quién sabe si «Ítaca...» o «Mapa...», en cualquier caso el resultado de haber podido completar un trabajo que hoy nos ha llegado aún deslavazado y con desordenada fragmentación, y de cuyo detalle documental el lector podrá tener cumplida cuenta en un volumen futuro de sus *Obras completas*.

De lo dicho hasta ahora, el lector puede entender que este *Mapa dibujado por un espía* es la versión de un texto, lo que se suele denominar un *urtext*, sobre el cual el autor pre-

firió ir trabajando, aunque de forma discontinua, para darle una nueva redacción y no para volver sobre el mismo tal como estaba. En la mencionada biografía de Raymond L. Souza se alude a este deseo del autor: «pero Cabrera Infante siente que el estilo es demasiado directo y tal vez demasiado denso. Dice: “No estoy contento con la narración del libro. Quiero cambiarla. Pero la pregunta es cuándo. ¿Cómo comprar tiempo?”»...

Esta es la razón por la que hemos decidido publicar el texto manteniendo su carácter «imperfecto». Ese estilo directo del que habla Cabrera más bien es una ausencia de estilo, un borrador escrito con el afán de narrar los hechos, de conservarlos en la memoria. Es evidente que no estamos ante un texto «literario», en el sentido que el mismo Cabrera Infante otorgaba a su literatura de creación, impregnada de humor y de ingenio verbal. Más bien se acerca al tono de una crónica, que también cultivó brillantemente en algunos escritos periodísticos, con una clara voluntad de construcción novelada. El manuscrito va introducido por un «Prólogo», con numeración romana. Quizá se podría conjeturar que este prólogo fue escrito en un momento distinto, puesto que su estilo contrasta mucho con el del resto de la obra, y además introduce la historia de un personaje que luego no tendrá un papel demasiado relevante en el curso de los hechos narrados. Y a continuación, ya con números arábigos, las 314 páginas del manuscrito, que se cierra, contundentemente, con la palabra «Fin».

El trabajo editorial se ha limitado a transcribir el manuscrito respetando al máximo su literalidad, a pulirlo en lo que se refiere a la ortotipografía y a ponerlo en condiciones de ser llevado a imprenta. Por ello, no se ha intervenido en absoluto en cuestiones estilísticas, ni siquiera sintácticas, aun cuando ello supusiera reproducir escrupulosamente repeticiones, construcciones forzadas e incluso incorrecciones,

fruto de la escritura apresurada y conscientemente provisional. Además de las tildes, que en el manuscrito son casi inexistentes, y de alguna que otra coma añadida, más para evitar anfibologías que para modificar el estilo del autor –sabedores de la poca estima que Cabrera Infante sentía por ellas–, el texto actual reproduce fielmente lo que fue escrito, y pretende dejar para futuras ediciones críticas las interpretaciones que pudiera suscitar.

*Mapa dibujado por un espía* es un libro triste, melancólico. La historia de un gran engaño, el espectáculo de la delación permanente. Tras el cierre de *Lunes de Revolución*, un grupo de intelectuales problemáticos para el régimen es «alejado» de La Habana. A Cabrera Infante se le nombra agregado cultural en la embajada de Cuba en Bélgica y en ese periodo, además de su actividad diplomática, escribe la novela que ganará el premio Biblioteca Breve (que gracias a la censura franquista no sería ya la *Vista del amanecer en el Trópico* que se había presentado al certamen sino *Tres tristes tigres*, toda una celebración de La Habana anterior a la Revolución). Desde Bruselas, tras la llamada de Carlos Franqui que le anuncia que su madre, Zoila, está grave, vuela a La Habana. Al llegar, Zoila ya ha fallecido, asiste a su entierro y al cabo de una semana piensa regresar a Europa llevándose consigo a sus dos hijas. En el momento de partir, estando en el aeropuerto, una llamada le conmina a no subirse al avión y a regresar a La Habana para entrevistarse, al día siguiente, con el ministro de Relaciones Exteriores.

Ahí empieza una pesadilla kafkiana que le retendrá en la isla por más de cuatro meses, en el transcurso de los cuales asistirá a la confirmación de sus premoniciones más terribles: la decadencia de La Habana y la destrucción de todo un país bajo el peso del totalitarismo.

En la célebre entrevista, antes mencionada, que concediera a Tomás Eloy Martínez en julio de 1968 (actualmente recogida en su libro *Mea Cuba*) y que, a la postre, sería el origen de sus posteriores vicisitudes del exilio, Cabrera Infante escribía: «Sé de otros riesgos. Sé que acabo de apretar el timbre que hace funcionar la Extraordinaria y Eficaz Máquina de Fabricar Calumnias; conozco algunos de los que en el pasado sufrieron sus efectos: Trotski, Gide, Koestler, Orwell, Silone, Richard Wright, Milosz y una enorme lista de nombres que, si se hacen cada vez menos importantes, puede terminar en Valeri Tarsis». Premonición de la disidencia, testimonio demoledor del desengaño y la decepción, *Mapa dibujado por un espía* se configura como la cartografía íntima de una despedida.

ANTONI MUNNÉ

Tú no eres realmente uno de ellos sino un espía en su país.

ERNEST HEMINGWAY

He aquí un mapa hecho pocos días antes del ataque a la capital de la isla. Como se puede ver, el mapa es más bien grosero, pero llena muy bien su cometido... Se puede observar cómo distorsionan el mapa las características de la ciudad y sus alrededores. Se cree que dicho mapa fue hecho por un espía inglés.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Although an old, consistent exile, the editor of the following pages revisits now and again the city of which he exults to be a native.

ROBERT LOUIS STEVENSON

The reader will perceive how awkward it would appear to speak of myself in the third person.

PAT F. GARRETT

You may well ask why I write. And yet my reasons are quite many. For it is not unusual in human beings who have witnessed the sack of a city or the falling to pieces of a people to set down what they have witnessed for the benefit of unknown heirs or of generations infinitely remote; or, if you please, just to get the sight out of their heads.

FORD MADOX FORD

Ici encore, il faut se garder d'exagérer: beaucoup d'entre nous ont aimé la tranquillité bourgeoise, le charme suranné que cette capital exsangue prenait au clair de lune; mais leur plaisir même était teinté d'amertume: quoi de plus amer que de se promener dans sa rue, autour de son église, de sa mairie, et d'y goûter la même joie mélancolique qu'à visiter le Colisée ou le Parthénon sous la lune. Tout était ruine: maisons inhabitées [...], aux volets clos, hôtels et cinémas réquisitionnés, signalés par des barrières blanches contre lesquelles on venait buter tout à coup, bars et magasins fermés pour la durée de la guerre et dont le propriétaire était déporté, mort ou disparu, socles sans statues, jardins coupés en deux par des chicanes ou défigurés par des casemates en béton armé, et toutes ces grosses lettres poussiéreuses au sommet des maisons, réclames électriques qui ne s'allumaient plus.

JEAN-PAUL SARTRE

## Prólogo

Ciertas criaturas parecen haber sido creadas por la Divina Providencia, por la Naturaleza o por el Azar con el solo propósito de encarnar una metáfora —a la que precedieron en eones geológicos o por toda una eternidad. Tal la serpiente, por ejemplo, o la paloma, utilizadas hasta la deformación física, hasta su monstruosa recreación mítica, por diversos poetas hebreos ocultos tras el anónimo bíblico. Otros animales, como el perezoso o el chacal, personifican desde su mismo nombre actitudes morales a las que son, está de más decirlo, ajenos. Igualmente, algunos hombres son poco más que una presencia metafórica, como esa figura de la metafísica del mal histórico en los tiempos modernos, el Hombre de la Máscara de Hierro, que inaugura la tradición y encarna la leyenda del preso político desconocido. Otros hombres son más presciencia que presencia y llegan a anteceder por años aquel momento histórico al que resultan imprescindible como metáfora.

Un siglo antes su nombre habría tenido en Cuba una significación distinta. Los Aldama no sólo pertenecían a la aristocracia criolla: ellos eran la aristocracia de la aristocracia criolla: es decir que encarnaban la idea de la aristocracia en Cuba. Uno de los Aldama, Miguel, se mandó a hacer un palacio a la medida, como si lo encargara a un sastre, construido sin escatimar en piedra de cantería, mármoles y maderas preciosas. Adorno central, estaba al co-

mienzo de uno de los más hermosos paseos de La Habana y, aunque el paseo fue luego una calle comercial y es ahora una calle fea, allí está todavía, convertido en museo colonial, su antiguo frontis multicolor raspado hasta la piedra desnuda y vuelto a cubrir por el hollín del siglo veinte, que lo ennegreció como si se tratara no del original en tres dimensiones sino de su reproducción litográfica. Sus largas columnas exteriores muestran, ya desde la suntuosa entrada neoclásica —la fachada es el espejo del alma del amo—, que su dueño había importado no sólo sus ideas políticas sino su estilo de vida de la Francia apodada Revolucionaria. Pero en su fuero interno Miguel Aldama aspiraba a ser lo contrario de un francés, es decir, un inglés oculto por una puerta íntima.

Había en su palacio una joya inaugural —el primer *toilet* inodoro que se instalaba en América. Este Aldama era un noble patricio que protegía las artes y las letras y abría las puertas de su palacio cada viernes para convertirlo en un salón literario. Era también un patriota noble y sus doblemente francas opiniones políticas le atrajeron la atención de las autoridades españolas primero y luego le trajeron el exilio. Como toda la aristocracia criolla, los Aldama eran esclavistas. Sus ingenios azucareros, sus plantaciones de caña y tabaco y sus mansiones, haciendas y personas, eran atendidos por miles de esclavos importados de África. Según la costumbre de la época, los esclavos de los Aldama también se llamaban Aldama. Por ironías de la historia o de la biología los Aldama blancos y aristócratas desaparecieron con el siglo de su apogeo y hoy el apellido ilustre de ayer lo llevan solamente los descendientes de sus esclavos negros. Pablo, alias Agustín, Aldama está vivo y es, por supuesto, nieto o bisnieto de esclavos. Aunque es posible que por sus venas corra alguna de la sangre de los Aldama originales, ya que más que negro es mulato oscuro.

La vida privada de Aldama no es muy conocida por mí, entre otras cosas porque él hablaba poco y cuando hablaba no hablaba de su vida privada. Además, no debe de haber sido una vida muy venturosa, excepto porque atesoraba una foto de su sobrina como si se tratara de una hija. (O tal vez se tratara de su hija, porque una de las cosas que descubrí estudiando a Aldama es que el hombre parco puede ser un mentiroso parco). Cuando hablaba, Aldama hablaba de su vida pública y sobre todo de sus méritos revolucionarios. A juzgar por la pasión locuaz que este hombre taciturno ponía en enumerar sus virtudes cívicas, sus credenciales no debían ser legítimas. Pero en todo caso es cierto que antes había sido, como se dice, un hombre de acción y conservaba celosamente las cicatrices testimoniales de aquella época. Había militado en uno o varios de los llamados en Cuba «grupos de acción» de los años cuarenta, y algunas lagunas, ciertas reticencias, parecían indicar que había cambiado de bando a menudo. No que hubiera sido un traidor sino, como dijo el Argentino, «hombre de sucesivas y encontradas lealtades».

En uno de estos grupos siempre escudados en siglas, la UIR, Aldama conoció o decía que conoció a Fidel Castro, entonces un matón *amateur*. La Unión Insurreccional Revolucionaria contrariaba en sus actos la fácil tentación de hacer de sus siglas un verbo –huir–, pues estaba compuesta por hombres de una valentía puesta a prueba demasiadas veces. Singularmente sus miembros compartían con su vesánico jefe, Emilio Tro, el gusto por un humor que no podía ser más que negro. Se daban mutuamente apodos risibles –así un cojo de guerra era conocido como Patachula, otro a quien un tiro le desbarató la boca se llamó desde entonces Comebaldas, dos asesinos gemelos eran conocidos como los Jiamgua, uno de los jefes, J. Jesús Jinjauma, tenía un segundo llamado Lázaro de Betania y cuando liquidaba a un antiguo deudor de venganzas colgaban de su cuello un letrero que invaria-

blemente decía: *La Justicia tarda pero llega*. En una ocasión lograron reunir en un solo golpe audaz el humor negro, la valentía bravucona, la perfección técnica del asesinato, ciertas aficiones literarias y el nombre de Castro.

Otro de los grupos de acción, la ARG, capitaneado por otro Jesús G. Cartas, más conocido por el seudónimo de El Extraño, que hacía honor a su cara, había puesto a punto una técnica de matar importada de la «época caliente» de Chicago. Consistía simplemente en utilizar dos autos para un solo atentado criminal cuando se trataba de saldar cuentas con una pandilla rival. Uno de los autos pasaba frente al objetivo o blanco para —como decían los periódicos de entonces, usando términos de jardinería— rociar de plomo la entrada de la casa marcada. Cuando, pasada la alarma y para comprobar que no había heridos, salían a la calle los matones airados, a veces impelidos a tirar tiros inútiles al auto que huía, aparecía en el horizonte trasero otro auto alevoso que disparaba a mansalva sobre el grupo expuesto. De esta forma atacaron la casa de la madre de Jesús Jinjau-ma en el momento en que la UIR celebraba allí una reunión. La organización decidió responder al ataque, asumir los riesgos y devolver la técnica de asalto a sus orígenes —con un toque original.

La revancha tuvo lugar en el Chicago de Hollywood. Manolo Castro —Director nacional de Deportes, antiguo líder universitario y miembro del MSR, organización aliada a la ARG— conversaba con un amigo empresario en el vestíbulo de su cine «para familias» llamado, afectuosamente, Cincito. Súbitamente una máquina pasó a toda velocidad y ametralló la fachada del teatro. Castro y su amigo se refugiaron tras la taquilla y resultaron ilesos. Pasado un tiempo, y viendo que el segundo carro fatal no aparecía, salieron a la calle. Fue entonces que dos pistoleros a pie y apostados en la acera de enfrente tiraron sobre ellos. El empresario fue

herido gravemente y sobrevivió, pero Manolo Castro cayó muerto bajo la marquesina luminosa.

La ARG, el MSR y un solitario fiscal acusaron al otro Castro, a Fidel, sin parentesco, de ser el tirador certero, aunque no se probó su culpa entonces tanto como su inocencia ahora. Pero Emilio Tro en su tumba –había muerto, poco antes, atacado alevosamente estando desarmado, como Manolo Castro, enfrentado con fuerzas coaligadas del MSR y la ARG, al final de una batalla campal en plena ciudad de Marianao, durante la cual se usaron ametralladoras, rifles y tanques, muerte que fue, irónicamente, filmada por un noticiario local–, Emilio Tro en el más allá de los violentos debió sonreír descarnadamente último: estaba en la mejor tradición de la UIR que hubiera dos Castros en el campo de batalla. Era sobre todo cómico esto de que Castro matara a Castro.

Fue allí, repito, en que Aldama decía que conoció a Fidel Castro. Es posible. Lo que sí era cierto es que Aldama guardaba de estos tiempos una huella indeleble: había recibido un tiro en la cabeza que le salió por un ojo. Ahora era tuerto y a su ojo único añadía unas terribles neuralgias en el lado de la cara por donde le entró o salió la bala. Esto lo supe después. En un principio ni siquiera noté que no tenía más que un ojo: usaba unos sempiternos espejuelos negros que no le dejaban ver no ya el ojo ausente, ni siquiera el presente.

El día que lo conocí acababa de llegar a la embajada. Había estado durmiendo para recuperarse del viaje y luego se apareció a media tarde en la cancillería. Apenas si cabía por la puerta: era un gigante que medía seis pies seis pulgadas. Nunca había visto yo un cubano tan alto. Tenía los brazos y los pies desmesuradamente largos y sus manos eran gigantescas garras de hueso: era extremadamente flaco. Hablaba además con una voz grave y profunda y cuando lo hacía hablaba poco. Sus grandes gafas oscuras, su quijada

prominente y su pelo pasudo cortado muy corto, destacaban su cráneo apenas cubierto de carne. La impresión general era de un hermetismo muy eficaz: Aldama era ahora un policía de seguridad, empleado por el ministerio de Relaciones Exteriores. Al menos eso era lo que él se complacía en aparentar que era. Pero eso fue al final.

Al principio llegó supuestamente enviado por un viceministro amigable para resolver amigablemente las diferencias entre el embajador, Gustavo Arcos, y su primer secretario, Juan José Díaz del Real. El viceministro, Arnold Rodríguez, había oído rumores precisos: hasta él había llegado la noticia de que el embajador y su primer secretario se pedían la cabeza ahora, después de haber llegado a la embajada como los mejores amigos (el embajador había pedido el envío de su primer secretario como un favor personal), y hasta se temía que la situación degenerara en violencia. Díaz del Real ya había matado a un exilado cubano en Santo Domingo, cuando era Ciudad Trujillo, y él el embajador en República Dominicana. Su acción por poco le cuesta la vida y el incendio de la embajada cubana. Arcos, por su lado, había tomado parte en el asalto al cuartel Moncada en 1953 y, aunque era un hombre pacífico, era capaz de ponerse violento. Los dos andaban siempre armados con sendas pistolas. Aldama era supuestamente amigo de los dos —es más, cuando llegó parecía ser más amigo de Gustavo Arcos que de Díaz del Real, pero eso fue cuando llegó.

Pronto cambió de bando —o mejor se afilió a uno de los bandos y se puso de parte de Díaz del Real y en contra de Gustavo Arcos. Al principio de soslayo, hablando en la cancillería cuando estábamos solos, luego esto fue siempre porque estábamos siempre solos, ya que Pipo Carbonell (el otro funcionario cubano, tercer secretario de la embajada) había hecho causa común con Arcos y al mismo tiempo se había peleado con Díaz del Real, que había sido su padrino y

quien pidió a Arcos que lo trajeran a Bélgica. En este cruce de lealtades y deslealtades diferentes y encontradas estaba yo tratando de sobrevivir como agregado cultural, sin liarme a un grupo o al otro, por mi cuenta, usando la astucia para sobrevivir y en un principio lográndolo por mis conocimientos de francés solamente, pues en un determinado momento era el único en la embajada (Arcos ahora en sanatorio checo, tratando de que le curaran la herida incurable que le produjeron cuando el asalto al Moncada) que hablaba francés. El equilibrio era precario y en un momento difícil, ya que una intriga de Carbonell me distanció de Arcos por un tiempo —hasta que este se dio cuenta de que tenía demasiados enemigos en la embajada y de que mi labor era imprescindible para su supervivencia. Por este tiempo Aldama ya casi no hablaba con Arcos, pero no había olvidado las sucesivas confidencias que Arcos le había hecho (como le hacía a cualquiera que considerara ser su amigo), muchas de ellas de índole política muy seria, de confidencias acerca del carácter nefasto de Fidel Castro que llegaban a ser casi escandalosas. Todo esto Aldama (y por su parte también Díaz del Real) lo atesoraba para usarlo en un futuro contra Arcos.

Aldama vivía en el último piso de la embajada, en un cuarto pequeño, que había convertido casi en una guarida, al que entraba directamente por el elevador desde el garage. Allí lo fui a ver una vez que desapareció durante días y estaba aparentemente enfermo, tirado sobre la cama grande a la que hacía minúscula su enorme cuerpo tumbado. Estaba sufriendo una de sus neuralgias faciales de a menudo. La criada, una gallega amable, ignorante y buena, lo oyó quejarse una noche y se levantó para preguntarle si algo le hacía daño y él había respondido que nadie le hacía daño. Me lo contó al día siguiente y así fue como subí a su cueva. Había en ella un olor indescriptible, ya que estaba herméticamente cerrada la ventana única y el cuarto estaba a oscuras. Fue la única

vez que lo vi sin sus espejuelos negros y pude observar su ojo tuerto, alargado y muerto, como de vidrio, tal vez de vidrio. Con el otro miraba cada uno de mis movimientos nerviosos por el cuarto –y confieso que sentí miedo entonces: no sé a qué, no se a quién, tal vez recordara el pasado terrible que había producido este cíclope, tal vez tuviera entonces una intimación del futuro y del papel que este aparente inválido jugaría en él. Sé que me fui del cuarto con suficientes elementos como para tenerle pena –pero no sentía ninguna.

Con el tiempo la situación se hizo insostenible en la embajada. Hubo un momento en que Díaz del Real sacó su pistola del buró y subió a ver a Gustavo Arcos, que lo había llamado, mientras decía, rastrillando el arma: –¡A ese hijoeputa lo mato yo hoy! Recuerdo que me quedé sentado a mi escritorio, inmóvil, esperando oír las detonaciones. Pasó un rato demasiado largo y al cabo reapareció Díaz del Real, se sacó la pistola de la cintura, la descargó y la volvió a poner en la gaveta –todo esto sin decir palabra. Más nunca volvió a mencionar el incidente ni dio explicaciones de por qué no había matado al embajador ese día. Fue así que yo tuve la impresión definitiva de que en realidad pensaba matarlo y su acto de cargar el arma significaba mucho más que una simple bravata.

La intolerable situación se disipó un tanto cuando Díaz del Real fue trasladado a Finlandia, de encargado de negocios. Esto fue a principios del verano de 1964. Poco después las relaciones entre Gustavo y yo eran inmejorables. Por su parte, Aldama no manifestaba ninguna enemistad hacia mí y había heredado el antiguo buró de Díaz del Real, aunque, al contrario que este, aquel se pasaba el día sin hacer nada. Ese verano ocurrieron muchas cosas. Mi madre estaba de visita en Bélgica desde principio del invierno y se preparaba para regresar a Cuba vía Madrid, donde ya estaba mi hermano trabajando como agregado

comercial. Me operé de la garganta. Recuerdo que la última crisis de amigdalitis la apresuró o la provocó una salida con Aldama, que se empeñaba en visitar un bar belga asombrosamente llamado New York –digo asombrosamente porque estaba regenteado por una belleza marroquí. Fue al regreso, esa noche, que vomité todo lo que había tomado y comido (Aldama había vomitado en la calle: vino y restos no digeridos de la comida) y la fiebre me subió a cuarenta y medio. Al otro día el médico recomendó una operación de urgencia, y quince días después estaba sin amígdalas y despidiendo a mi madre y a mis hijas, a las que esperaba ver en Cuba, cuando una euforia postoperatoria me hizo ver que las podía ver todavía en Madrid. Así inicié mi viaje en mi viejo (por querido no por tiempo) Fiat 600 desde Bruselas hasta Málaga, pasando por Madrid, para recoger a mi madre y a mis hijas y llevarlas a todas, junto con mi mujer, a recorrer el sur de España.

A mi regreso, quince días más tarde, encontré que Arcos (era ya mediados de agosto) planeaba un nuevo viaje de vacaciones a Cuba. No vendría nadie de La Habana a sustituirlo y por jerarquía diplomática yo debía ocupar el cargo de encargado de negocios ad ínterim. Fue entonces que Aldama comenzó a cambiar, aunque yo no lo noté al principio. Pocos días antes, al contrario, él se había comprado una cámara de cine de 8 mm y había usado todo un rollo de película para retratar a mi madre. Esto fue antes de que ella y yo fuéramos a España. A la vuelta todavía conversábamos en el sótano, donde estaba la cancillería, y él se refería a allá arriba (el primer piso, donde estaban las oficinas del embajador, la casa, el segundo piso, donde vivían sus enemigos predilectos, Arcos y Pipo Carbonell) como el lugar donde habitan los malos. Yo, en cambio, pertenecía a aquí abajo. Pero pronto en su conversación había pullas referentes a mis buenas relaciones con el embajador –Arcos no tenía enton-

ces otro nombre para él, aunque pocos meses antes se llamaba «mi hermano Gustavo». Luego, la parca conversación se hizo casi toda pullas, hasta que finalmente cayó en su mutismo de siempre, aunque seguía bajando al sótano y todavía se sentaba a mirar papeles en blanco con su ojo único. Pronto dejaría de hacer siquiera esto.

Finalmente Arcos regresó a Cuba y la mujer de Pipo Carbonell regresó con él, quedándose Pipo en la embajada por un tiempo más. Yo pasé al primer piso a trabajar como encargado de negocios y me mudé al segundo piso con mi mujer. En ese piso, al otro extremo de la casa, vivía también Pipo Carbonell. Aldama seguía habitando su cueva del último piso. Entonces su trato hacia mí se hizo más hermético, si esto era posible, al tiempo que dejó de aparecer por la embajada. Se levantaba tarde y almorzábamos todos casi en silencio, no sólo porque Aldama no dijera nada, sino porque Pipo Carbonell temía hablar delante de él. En esos alegres almuerzos Aldama se sentaba frente a un aparador que quedaba detrás de la mesa del comedor y, reflejado en los cristales del mueble, veía todo lo que pasaba detrás de él. A veces yo sorprendía su ojo ubicuo por un costado de los espejuelos negros y había en él un brillo único. En ocasiones se sonreía para sí. Siempre sin decir palabra. Su presencia en los almuerzos era tan torva que Pipo Carbonell lo apodó el Tontón Macute. Pronto yo lo llamaría Jambon primo hermano de James Bond, de acuerdo con sus ocupaciones favoritas.

Si Aldama había venido, como dijo a su llegada, a echar aceite diplomático sobre las encrespadas aguas cubanas en Bélgica, su misión había terminado con la salida de Díaz del Real para Finlandia y ahora quedaba sin tener su segundo objetivo cerca, ya que también Gustavo Arcos estaba fuera de la embajada en Cuba. Pero ahora comenzó a salir en misteriosas misiones en Bruselas. Aunque estaba mal equipado para ellas (no hablaba ni francés ni inglés y mucho menos

flamenco y no había colonia cubana en Bélgica) a veces se pasaba dos días en estas salidas sin regresar a la embajada. Es cierto que una vez, hacía ya tiempo, había sido contactado por un cubano exilado, alguien que cojeaba porque era apodado el Cojo Kaysés o cosa parecida. Yo recuerdo verlo al crepúsculo belga saliendo de la embajada al tiempo que Díaz del Real le preguntaba si no iba armado, la pregunta hecha casi en clave pero lo suficientemente alto para oírla yo y oír también su respuesta estoica: «No, compañero, no hace falta», junto con la transformación de sus manos en puños. Nunca supe cuál fue el resultado de la supuesta entrevista con el susodicho cojo, pero aparentemente no salió nada de ella: Aldama siguió en la embajada y ningún cojo vino a engrosar las bien flacas filas de los exilados que hacían el viaje de vuelta a Cuba.

Ahora las misiones parecían tener otra naturaleza y Aldama se mostraba cada vez más misterioso, sin apenas hablar con nadie. Este silencio vino a interrumpirlo, aparatosamente, el incendio de su automóvil. Aldama había traído consigo (es un decir, ya que él vino en avión y el auto en barco) un viejo Buick negro y enorme, que debía ser de por lo menos diez años atrás. Como no tenía lugar en el garage de la embajada lo guardaba afuera, junto a la acera. Llegado el frío, el Buick, evidentemente acostumbrado al calor de Cuba, se negó a arrancar y allí se vio durante buena parte del invierno, parado y cubierto de nieve, soturno, siniestro casi en su composición de un oxímoron: un automóvil inmóvil, antediluviano, gangsteril y por siempre inútil. Se quedó parqueado allí hasta la primavera cuando aparentemente le arreglaron su desperfecto. Entonces me pidió –y yo se lo concedí– buscarle un puesto en el garage. Y en el garage se pasaba las horas Aldama cuando estaba en la casa. De allí partieron un día unos gritos estentóreos llamándome urgentes: todos –Pipo, mi mujer y yo– corrimos escaleras abajo para encontrarnos

el automóvil en llamas y a Aldama paralizado por el terror al fuego. Fue Pipo quien se lanzó sobre el motor y casi con sus manos desnudas apagó el incendio, surgido, justo lugar, en el encendido. Aldama había estado toqueteando el mecanismo y había provocado el fuego. Ese día, más tarde, cuando se hubo ido –cosa que hizo inmediatamente después que Pipo controló el incendio– nos reímos como locos, no tanto de la desgracia provocada por su autor, sino de la cara de Aldama en pánico. El automóvil, ahora definitivamente fuera de combate, quedó paralizado dentro del garage: mejor así: ya no producía la lamentable impresión que daba parqueado eternamente en la calle, para asombro de los vecinos *bien* que teníamos y deleite de los muchachos que cogían el carro como paradero de sus patinajes calle abajo.

En la embajada hubo una secretaria sustituta que era una belga jovencita, bastante feúcha de cara, pero alta y entrada en carnes, con las suficientes masas en las caderas y en las nalgas y en las tetas como para gustarle a un cubano. Ella por su parte estaba buscando quien le hiciera la corte. Primero lo ensayó conmigo y no tuvo, por supuesto, mucha suerte: aunque yo no hubiera estado casado nunca le habría puesto un dedo encima, no tanto por prurito diplomático como por motivos estéticos: detestaba su boca de pescado y para mí las bocas femeninas son muy importantes. Luego ella ensayó con Pipo y tuvo menos suerte. Finalmente parece que le tocó el turno a Aldama: lo cierto fue que los vimos paseando por un parque, cogidos de las manos, tiempo después de haber dejado la muchacha su trabajo en la embajada. Esto no tiene la menor importancia si no se dice que, después de la partida de Aldama, llamaba a la embajada una belga con voz nada joven, para maldecir a los que habían hecho ir a su Agustín para Cuba. Es evidente que nuestro Jambón era tan eficaz con los espías como con las damas, honrando así a su primo inglés.

Hablando de espías. Aldama, que no trabajaba en la embajada, que no trabajó nunca ya que no había nada que él supiera o pudiera hacer, dejó de hacer sus extrañas salidas para concentrarse en la embajada. Había hecho liga con el consejero comercial (que pertenecía a otro ministerio, que tenía oficinas en otra parte de Bruselas, que no vivía en la embajada) para, según murmuró un día, «poner aquí las cosas en claro». «Aquí» era evidente que era la embajada –¿o tal vez se refiriera a toda Bélgica? En otra ocasión, como mi mujer hiciera una limpieza cabal de la cocina de la embajada, en la que ella iba a cocinar y la que encontró muy descuidada, dijo entre dientes: «Parece mentira, los contrarrevolucionarios hacen más por Cuba que los revolucionarios». Yo le dejé pasar el comentario, como otros muchos, porque creía que sus días estaban contados –Gustavo Arcos me había prometido, al decidirme a hacerme cargo de la misión, que Aldama estaría de regreso a Cuba en pocos días. Estos pocos días, hay que decirlo, se volvieron semanas primero, luego meses y más tarde una eternidad. Ahora la atención de Aldama se había vuelto hacia los asuntos personales de Arcos. Estaba interesado, sobre todo, en echar mano al estado de cuentas de su cuenta bancaria, sabe Dios con qué propósito: tal vez para remitirlo a Cuba, aunque Arcos no había cometido otro delito que poner en el banco sus ahorros personales. Como otras veces, fue tan eficaz como discreto. «El señor embajador está envuelto en llamas», dijo un día al sentarse a la mesa a almorzar y no dijo más. Pero esto fue suficiente para que mi mujer y yo le cuidáramos la espalda a Arcos. Llamé al banco y dejé dicho que no se mandaran más estados de cuentas al embajador hasta que él regresara. Al mismo tiempo mi mujer tenía el trabajo de levantarse todos los días muy temprano para esperar el primer correo que llegaba a las ocho. Aldama se levantaba siempre tarde, pero una o dos veces mi mujer lo vio rondando por la casa, tal vez

esperando al correos, tal vez en busca de otra cosa. ¿Pero qué? ¿Qué más había en la embajada que pudiera perjudicar a Arcos en Cuba? ¿Qué hacer para librarnos de Aldama?

En diciembre tuve que dejar dos veces la embajada. El día 24 mi mujer y yo nos fuimos a Ruan, en Francia, en cuyos alrededores estaba viviendo temporalmente Carlos Franqui. Pasamos allí dos días, preocupados con lo que podía ocurrir entre Aldama y Pipo, y regresamos el día 26. No había pasado nada, afortunadamente. El día 28 me fui a Barcelona, a recibir el premio Joan Petit Biblioteca Breve, concedido por la editorial Seix Barral a una novela mía, la primera. Estuve dos días nada más en Barcelona, yo solo, y en ese tiempo me preocupaba mucho qué podía hacer Aldama contra mi mujer en la embajada. A mi regreso me encontré que Aldama y el encargado comercial (cuyo nombre no vale siquiera la pena mencionar) habían estado rondando la casa todo el tiempo y que hicieron una llamada misteriosa a Madrid, aparentemente a la embajada de Cuba allá. Como otras veces, Aldama repetía su técnica de misteriosa indiscreción o de indiscreto misterio. En realidad el objetivo de sus actos era aterrorizar –¿pero qué miedo podía inspirar este pobre aprendiz de agente secreto? ¿Qué misterios podía revelar? ¿Qué conspiraciones descubrir? En la embajada, como en nuestras vidas, todo era diáfano y transparente: yo no era más que un funcionario que trataba de cumplir con su deber y mi mujer y Carbonell, mientras estuvo allí, me ayudaban en esta comisión. No había que temer a Aldama, lo que había era que deshacerse de él, este peso muerto sin función. Y sin embargo su técnica de miedo tenía su eficacia.

Consistía en deambular por el edificio a las horas más inesperadas. A veces se le sentía caminar por los pasillos a las tres de la mañana. Otras desaparecía y aparecía cuando menos se le esperaba. No era raro verlo reaparecer después de días de ausencia y entrar en la embajada como si acaba-

ra de dejarla. Al principio murmuraba alguna excusa que hacía aparecer sus salidas como importantes comisiones, pero después ni siquiera se molestaba en justificar su extraño comportamiento. En una ocasión se apareció en mi oficina para pedirme que le cambiara en moneda belga un billete americano de cincuenta dólares. Cómo llegó este billete a su posesión es todavía un misterio espeso, pero creo que su objetivo al pedirme que se lo cambiara –podía haberlo hecho en cualquier banco o agencia de cambio– fue picarme la curiosidad y hacerme preguntarle de dónde había sacado aquel dinero. (Hubo en su actitud una nota vaga que parecía inducirme a precisar aquel dinero como obtenido de agentes americanos, pero este gesto fue tan borroso que no pude asegurar jamás que esto fue lo que él pretendía). Así las cosas, llamé a Gustavo Arcos varias veces a La Habana pidiéndole que me librara de la presencia ominosa de Aldama. Pero sin resultado positivo. En una ocasión que pedí la llamada cuando no estaba en la embajada –siempre aprovechaba sus ausencias para comunicarme con Arcos–, esta llegó en el momento que Aldama volvía sorpresivamente. Fue digno de una película de suspenso, verme esperando en el sótano la llamada, mientras oía arriba cómo Aldama se paseaba por el primer piso de la cancillería. Finalmente conseguí descolgar el teléfono al primer timbrado y hablar con Arcos en La Habana sin que Aldama se diera cuenta de nada.

Por aquellos días vino a visitarnos Luis Ricardo Alonso, embajador cubano en Londres, y su esposa. Como viejo amigo que era, le expliqué a Luis Ricardo lo que pasaba con Aldama y él mismo tuvo ocasión de verlo con sus propios ojos en el poco tiempo que permaneció en la embajada. También vino de visita Juan Arcocha, que era *attaché* de prensa en París, y juntos, Arcocha y Alonso, planearon cómo librarme de Aldama: Arcocha se lo diría a su embajador

en París y Alonso se comunicaría con alguien importante en el ministerio, presumiblemente el propio ministro. También ocurrió una reunión de jefes de misión de Europa Occidental y allí Alonso y Carrillo, el embajador en París, parece que plantearon el caso al viceministro Arnold Rodríguez porque en una de las sesiones Alonso me dijo, hablando desde el otro lado de la mesa, «Ya te libramos de tu pesadilla». Luego, en un viaje por separado que hice a París para reunirme de nuevo con el viceministro, este me dijo, expresamente: «Comunícale a Aldama que tiene que regresar enseguida a La Habana», y luego añadió: «Díselo con cuidado no se nos vaya a asilar». Era la primera vez que yo oía hablar de tal posibilidad, pero aquella advertencia conectaba las salidas misteriosas y el billete de cincuenta dólares y su hermética misión con una posible defección.

Tan pronto como regresé a Bruselas, mandé a llamar a Aldama por medio de la secretaria. Yo había observado que mis salidas a Madrid y a París, las que le había comunicado ex profeso, lo habían puesto ligeramente nervioso, nerviosismo apreciable por encima de su hermetismo habitual. Ahora, cuando entró en mi despacho, juro que casi lo vi temblar, temblor que se hacía más perceptible por su gigantesca estatura. Yo temía que él tuviera una reacción inesperada al conocer la noticia de su traslado a La Habana y no en las mejores condiciones y había dejado abierta la gaveta en que Gustavo Arcos guardaba su pequeña pistola de bolsillo. Suena a melodrama barato, pero yo estaba dispuesto a usar el arma si Aldama hacía el menor gesto amenazador —que no era tan extraño en él como pueda parecer. Pero él aceptó la noticia de su regreso a Cuba sin muestras de violencia. Solamente pidió que le dieran más tiempo «para embarcar su auto en Amberes y arreglar sus asuntos en Bruselas». Claro que esto era una medida dilatoria. Para disuadirlo, le dije lo que había añadido Arnold, aclarándole que

las sospechas de que él pudiera pedir asilo venían de la alta jerarquía del ministerio. Esta revelación pareció cegar su ojo único y se revolvió molesto. Enseguida dejó de tutearme: «Bueno, compañero –dijo y era cómico verlo usar esta forma de apelación–, yo le pido que envíe usted un cable al ministerio comunicando mi petición de embarcarme no ahora sino dentro de quince días».

Él tenía derecho a hacer aquella petición y cursé el cable. Cuando vino la respuesta afirmativa a su demanda, pareció engallarse y dijo: «Bueno, parece que en el ministerio sí saben lo que hacen». Aquella fue una de las últimas veces que hablé con él y había en su voz y en sus gestos una clara declaración de guerra: era visible que desde entonces se había propuesto destruirme y que para lograrlo no sólo iba a conseguir la ayuda de su hermano, sino conjuntar su vieja influencia con los organismos de seguridad del Estado. Aquella frase fue la primera piedra o el primer proyectil que él me lanzó para hundirme: ahora era obvio que no descansaría hasta conseguirlo. Su puntería era mala pero contaba además con la ayuda de sus padrinos, ayuda que yo alegremente –en la euforia del triunfo del bien sobre el mal– deseché como deleznable, pero que en fin de cuentas mostró que había triunfado el bien sobre el mal sólo momentáneamente. El futuro inmediato (y todavía más: el futuro mediato) se encargaría de mostrarme que mi seguridad aparente de entonces no fue más que una forma velada del *hybris*.

Edición al cuidado de Antoni Munné

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2013

© Herederos de Guillermo Cabrera Infante, 2013  
Reservados todos los derechos  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Depósito legal: B. 15339-2013  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-76-6  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5597-3  
N.º 34322

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)